

NOVIEMBRE
tiene 30 dias.

- 1 Lun. †† La festividad de todos los santos.
- 2 Mar. La Conmemoracion de los fieles difuntos y san Marciano confesor.
- 3 Miér. San Hilario mártir.
Conj. á las 4 de la tarde.
- 4 Juev. San Carlos Borromeo.
- 5 Viér. San Zacarias y Sta. Isabel.
- 6 Sab. San Leonardo confesor.
- 7 Dom. San Herculano obispo.
- 8 Lun. San Severo mártir.
- 9 Mar. San Teodoro mártir.
- 10 Miér. San Andrés Avelino.
C. crec. á las 8 de la noche.
- 11 Juev. San Martin obispo.
- 12 Viér. San Diego de Alcalá.
- 13 Sab. San Homobono confesor.
- 14 Dom. San Serapio mártir.
- 15 Lun. San Eujenio y S. Maclovio obispos.
- 16 Mar. Santa Gertrudis vírgen.
- 17 Miér. S. Gregorio Taumaturgo ob.
- 18 Juev. San Esiquio mártir.
- 19 Viér. San Peneiano papa.
Llena á las 41 minutos de la mañana.
- 20 Sab. San Félix de Valois.
- 21 Dom. La Presentacion de Ntra. Sra. y san Mauro obispo.
- 22 Lun. Santa Cecilia vírgen.
- 23 Mar. San Clemente papa.
- 24 Miér. San Juan de la Cruz.
- 25 Juev. Santa Catarina vírgen.
- 26 Viér. Los Desposorios de Señor. San José, y San Conrado obispo.
Cuarto menguante. á las 11 de la mañana.
- 27 Sab. San Facundo mártir.
- 28 Dom. San Sóstenes martir.
- 29 Lun. San Blas y San Saturnino obispo y martir.
- 30 Mar. San Andrés apóstol.

DICIEMBRE
tiene 31 dias.

- 1 Miér. San Eligio obispo.
- 2 Juev. Santa Bibiana vírgen.
- 3 Vier. San Francisco Javier.
Conj. á las 4 de la mañana.
- 4 Sab. Santa Bárbara vírgen.
- 5 Dom. San Sabás abad.
- 6 Lun. San Nicolás arzobispo.
- 7 Mar. San Ambrosio arzobispo.
- 8 Miér. N. La Purísima Concepcion de Maria Santísima y San Eucario obispo.
- 9 Juev. Santa Leocadia vírgen.
- 10 Vier. San Melquiades papa.
C. crec. á las 4 de la tarde.
- 11 Sab. San Dámaso papa.
- 12 Dom. †* N. La Maravillosa Aparicion de Ntra Sra. de Guadalupe
- 13 Lun. Santa Lucía vírgen.
- 14 Mar. San Espiridion obispo.
- 15 Miér. San Lucio mártir.
- 16 Juev. Sta. Adelaida emperatriz
- 17 Vier. San Lázaro papa.
- 18 Sab. La Espectacion de Nuestra Señera y San Ausencio obispo.
Llena á las 5 de la tarde.
- 19 Dom. San Darío mártir.
- 20 Lun. San Julio mártir.
- 21 Mar. Santo Tomás obispo.
- 22 Miér. San Demetrio papa.
- 23 Juev. Santa Victoria vírgen.
- 24 Vier. † San Deifino obispo
- 25 Sab. †† [Pascua] La Natividad de Nuestro Señor Jesucristo.
Cuarto menguante á las 7 de la tarde.
- 26 Dom. San Esteven protomártir.
- 27 Lún. San Juan Apóstol.
- 28 Mar. Los Stos. Inocentes mrs. y San Eutiquio presbítero.
- 29 Miér. Santo Tomás Cantuariense arzobispo.
- 30 Juev. San Sabino obispo.
- 31 Vier. R. San Silvestre papa.

Maria Carlota Amalia

PRINCESA REAL DE BELGICA Y ARCHIDUQUESA de Austria.

Leopoldo I rey de los belgas, nombrado el Nestor de los reyes por su prudencia y sabiduría, urjido por la razon de Estado para dar un heredero al trono y cansado él mismo de su soledad, buscó una compañera digna y la encontró con todas las perfecciones apetecibles en la familia real de Francia: la virtuosa princesa Luisa de Orleans, hija del rey Luis Felipe y de la reina Maria Amalia, fué la escogida, y la llevó al regio tálamo el 9 de Agosto de 1832. El primer fruto de este enlace fué Leopoldo, duque de Brabante, nacido el 9 de Abril de 1835 (hoy Leopoldo II); el segundo, Felipe, conde de Flandes, el 24 de Marzo de 1837; el tercero y último la princesa Carlota. Esta nació en Bruselas, en el palacio de Laeken el 7 de Junio de 1840, y recibió en la fuente bautismal como es de uso en las cortes europeas, los nombres mas queridos de su familia paterna y materna, que fueron estos: Maria, Carlota, Amalia, Agustina, Clementina, y Leopoldina.

El rey Leopoldo se encargó de vijilar la educacion de los dos hijos varones, y la reina Luisa quiso dedicarse por entero á la de la hermosa niña: así ésta, alarrimo del cariño maternal, favorecida con las dotes mas preciadas del alma y del cuerpo, y dotada ademas de una índole suave y amante, se desarrolló con prodigiosa rapidez, de manera que á la muerte de la reina, ocurrida tres años despues de la revolucion de 1848 que arrojó á sus padres de Francia, la princesa sobrepujaba en hermosura, en virtud y en instruccion á lo que debía esperarse de una niña que aún no cumplia once años.

II.

En esa edad tan tierna, se encontró huérfana la princesa Carlota, huérfana y aislada en el gran palacio de Laeken.

El rey su padre, dedicado á los negocios de Europa tanto como á los de su pequeño Estado, y escasamente cariñoso con su familia, rodeó á la niña de una crecida servidumbre, proveyó á sus necesidades y á sus gustos con amplitud y convocó á los profesores mas entendidos para que la dieran una educacion brillante; pero de ahí no pasó la solicitud paternal, y el niña huérfana, rodeada de servidores, pero sin una sola amiga de su edad, falta de la compañía de su padre y aun de sus hermanos que vivaban, haziada de un boato contrario á la sencillez que la habia enseñado su madre, sedienta de cariño y proteccion y no encontrando mas que obediencia y respeto, se entristeció y aun se debilitó su salud por pasion y con el para disuarse se dedicó al estudio:

Avisado al rey de esto por el aya, fué un día al gabinete de estudio de la princesa y la dió parabienes por sus adelantos.

—¿Estais contenta aquí, hija mia? preguntó.

—Sí, señor; aquí procuro variar mis ocupaciones.

—¿Y vuestros profesores están contentos?

—Son muy buenos y dicen que sí: yo tambien estoy contenta con ellos.

—¿Hola! exclamó el rey hojeando un album de dibujo: aquí hay bonitos bosquejos: ¿son de vuestra mano, hija mia?

—Sí señor; ese album es el mio: el de mis maestros es este otro: de él he copiado algunos paisajes.

—¿Y las flores?

—Las copio del natural, lo mismo que lo demas.

—Yo veo aquí muchas cosas, añadió el rey soltando el album y paseando sus miradas por el gabinete: ¿todo lo que veo ha sido objeto de vuestros estudios?

—Sí, señor.

El rey se levantó y fué á un estante lleno de libros de religion, de historia, de bella literatura y otros, en varios idiomas.

—¿Y habeis leído todo esto? preguntó á la princesa.

—Sí, señor.

—Os felicito, aunque vais á vaciarme la biblioteca, dijo sonriéndose el rey; sabeis doble número de idiomas que yo. Y estos globos, añadió señalando una esfera terrestre y otra armilar, ¿sabeis manejarlos bien?

—Fué una de las primeras cosas que me enseñaron mis maestros.

—¿Y esto...? Ya se ve, no tengo que preguntaros, pues que todo lo que hay aquí, ya me dijisteis que ha sido objeto de vuestros estudios: cuadernos de música, cuadros, bordados, manuscritos... ¿tambien escribís?

—Me han recomendado mis maestros que me ejercite en la composicion despues de leer algunas páginas escritas en buen estilo.

—No es malo el sistema. Veo que el espíritu está bien atendido, y deseo que no descuideis el cuerpo: el paseo á caballo y á pié, la natacion, tienen espedito al cuerpo, despejan la cabeza y dan buena apetencia, que son cosas importantes; pero me dicen que no teneis mucha aficion á esos ejercicios, y debe ser verdad porque estais pálida y delicada. Os aconsejo, hija mia, que atendais por igual á todo: el aire libre os sentará mejor que la atmósfera de este gabinete en que os encerrais tanto, que se quejan nuestros amigos de que apenas os dejais ver... A propósito, tambien os aconsejo que los recibais con mas frecuencia: sabeis que profesan afecto á nuestra casa y hay que considerarlos: no podeis aún tener tertulias y saraos; pero yo mismo les diré que recibireis en vuestros aposentos dos veces á la semana siendo yo el primer concurrente á vuestras reuniones familiares cuando los negocios me lo permitan. Me prometéis seguir mis consejos ¿no es verdad?

La princesa escuchaba con los ojos bajos y respondió sí, débilmente.

—Muy bien, hija mia: con el mismo extremo con que habeis cuidado de vuestra instruccion, cuidad de vuestra salud, y me dáreis en ello mucho gusto.

Besando despues á la princesa en la frente, el rey se despidió de ella. Obediente á su padre, en cuya presencia todos temblaban, la princesa se dedicó ménos al estudio, alargó un poco sus escasos paseos, y recibió mayor número de visitas; pero siguió triste, porque en esa edad lo que mas falta hace á las niñas es una compañera, una amiga, y ella no la tenia: sus ojos se velaron, su frente se inclinó, su porte se hizo reservado, y en sus labios los suspiros ocuparon el lugar de las sonrisas.

Así pasaron seis años, al cabo de los cuales se encontró trasformada la niña que al lado de su madre crecia linda, contenta y risueña, en una jóven de 17 años, de talle esbelto, majestuosamente hermosa, pálida, pensativa y callada: cuando fijaba sus ojos en alguién su mirada se clavaba silenciosa, limpia, tenaz é interrogadora, como la de los niños enfermos que han padecido mucho.

III.

Era el año de 1857.

El rey Leopoldo preguntó un día á la princesa si tenia repugnancia al matrimonio.

—No, respondió ella: solo me repugnariaó me atraeria la persona que pretendiese unirse conmigo.

El rey se sonrió y dijo:

—Queréis conocer á los pretendientes ántes de responder: esto no lo aconseja la confianza, pero sí la prudencia. De todos modos, la persona de quien voy á hablaros gana mucho en ser conocida. ¿Recordais á un jóven viajero, alto, rubio, de 25 años, con uniforme de almirante, que os presentó el año pasado como archiduque de Austria?

—Sí señor, lo recuerdo.

—¿Os hizo alguna impresion?

—Me pareció un caballero muy cumplido, digno de su cuna.

—Pues vos hicisteis impresion en él, sin embargo de que os vió poco: ya digo con esto que es pretendiente. Vuestro enlace con él nos emparentaria con la casa de Austria: para alcanzar ese honor creo que no tendreis que hacer un sacrificio, pues por sus prendas personales, aparte de su rango y de sus riquezas, puede creerse sin fatuidad capaz de hacer feliz á la mujer que elija. Ya tiene el permiso de su hermano el emperador de Austria y solo espera vuestra decision, pues ha querido que se consulte vuestra voluntad.

—Creo como vos, padre mio, que será honroso para nuestra casa emparentar con la de Austria, y que el archiduque hará la felicidad de la mujer á quien elija.

—Muy bien, dijo el rey levantándose para salir. Se avisará al embajador de Austria, que hará su peticion oficial dentro de dos dias para que el archiduque al pasar por aquí para Italia de regreso de Inglaterra, lo encuentre todo dispuesto. A propósito, él estaba tan seguro del éxito, que todos los pasos preliminares están dados y solo falta la sancion de Dios y de la ley para que seais archiduquesa de Austria: ¿nada esperabais de su parte?

La princesa se ruborizó.

—Yo, dijo, recordaba con agrado al archiduque, señor; pero no teniendo en qué fundar esperanzas, no las abrigué.

—¿Y conocísteis la impresion que habiais hecho en él?

—Me pareció que estaba con gusto cerca de mí.

—¡Oh juventud! ¡juventud! tú nunca te engañas! exclamó el rey.

En vísperas de la separacion, recordó que habia sido mal padre, y cediendo á un ímpetu de ternura, el primero que veia en él la princesa, la tomó la dos manos entre las suyas y mirandola de frente con tijeza la dijo:

—¡Qué hermosa estais, hija mia! os acordareis de esta casa en que murió vuestra madre y en que moriré yo?

Dos lágrimas asomaron á los ojos de la princesa.

—¡Siempre, señor! dijo: vuestra memoria y la de mi madre me acompañarán á todas partes.

—¡Dios os bendiga, hija mia! dijo el rey.

Y como si temiera enternecerse, sonriéndose con esfuerzo besó la mano derecha de la princesa y se despidió de ella con estas palabras, dichas en tono chancero:

—Adios, archiduquesa.

La joven quedó pasmada: su adusto padre, no solo habia depuesto el ceño, sino que la acariciaba: no solo dejaba su tono severo sino que la hablaba con amor y aun se chanceaba: fué tan honda la impresion que olvidó en los primeros momentos la que le habia causado el anuncio de su próximo enlace, y cuando esta vino á añadirse á la primera, se sintió desahogada y como si naciera á vida nueva, se dejó caer en un sitial, y cubriéndose el rostro con las manos para recojerse en sí misma, lloró de felicidad!

En un momento habia encontrado el cariño de un padre y el amor de un esposo, ella que se consumia en el aislamiento por falta de amor y de cariño, como flor que se agosta privada de agua y de sol: y para colmo de felicidad, el esposo en cuyo brazo iba á apoyarse al hacer su entrada en el mundo, era tipo de nobleza y de magnanimidad, pisaba las gradas de un trono, sus prendas personales lo elevaban tanto como su cuna, y era por fin el deseado: porque la juventud, decia bien el rey Leopoldo, la juventud no se engaña, y desde el año anterior, la figura del joven y gallardo almirante no se habia borrado de la memoria de la princesa. Esta gustaba de referir á menudo la escena que queda bosquejada, y siempre al referirla se conmovia.

La exclamacion del rey sobre la hermosura de su hija, quedaba justificada con solo verla.

En los apuntes que hasta aquí he consultado se halla el siguiente retrato de la princesa en aquella época: (1) "Era alta, elegante y esbelta, de labios finísimos, nariz aguileña un poco inclinada hácia abajo, ojos rasgados y claros, mirada dulce, curiosa y á menudo inquieta, cabello abundante de color castaño oscuro, peinado siempre en bandas lisas, el rostro de un óvalo perfecto, la tez muy delicada, fácil de encenderse, la frente despejada, la mano y el pié torneados; en el porte una gran modestia. Al verla pasar lentamente con la cabeza ligeramente inclinada, de tal manera

Ivan de Woestine.

que sus ojos tímidos tenian que alzarse para encontrar los de su interlocutor, se adivinaba que era de una naturaleza sencilla, dulce y tierna, nacida para apoyarse siempre en álguien y amar á su apoyo; pero se veia la melancolía en su semblante."

El embajador imperial de Austria, conde Arquinto, fué avisado de que era ya tiempo de proceder á las formalidades oficiales, y dos dias despues del de la entrevista, el 2 de Julio, pidió en audiencia solemne al rey Leopoldo la mano de la princesa real para el archiduque Fernando Maximiliano, hermano del emperador de Austria.

El archiduque fué tambien avisado: estaba á la sazón en Inglaterra, despues de un largo y provechoso viaje empezado en 1854: en ese año exploró el litoral de la Albania y la Dalmacia; en 1855 visitó Beirut y el monte Líbano, las costas de Palestina, los Santos Lugares de Jerusalem, el Cairo, las Piramides y Memphis en Egipto, el Istmo de Suez, en donde habian comenzado las obras de canalizacion, y el desierto que atravesó para regresar á Sicilia; en 1856 recorrió la Alemania Septentrional, Holanda y Bélgica, en donde vió á la princesa Carlota: estuvo en Francia, alojado en el palacio imperial de Saint-Cloud quince dias, durante los cuales Napoleón pudo juzgar de su relevante mérito; en 1857 recorrió el Rhin, la Lombardía, la Italia Central y la Inglaterra. Allí, recibió el aviso de haberse llenado las formalidades oficiales para su enlace, y pasó luego á Bruselas á recibir la bendicion nupcial.

IV.

Un dia del mes de Agosto, fueron los nuevos esposos presentados al pueblo en el balcón del palacio real: la princesa, bella como nunca, con los atavíos de novia y radiante de felicidad, y el archiduque arrogante y gallardo, rebosando tambien satisfaccion.

La muchedumbre apiñada en la plaza, saludó á la bella pareja con aclamaciones repetidas y sinceras, porque amaba á la hija de su rey y porque veia en aquel joven rubio, simpático y afable, con uniforme de almirante, un esposo digno de ella.

En medio de un séquito espléndido, llevó el archiduque á la princesa á la estacion del camino de fierro: las campanas repicaban á vuelo, las músicas militares se oian en plazas y calles; en los balcones se agitaban los pañuelos en señal de despedida, y el pueblo se despedia tambien llamando las bendiciones de Dios sobre aquellas cabezas tan queridas.

Ya el tren iba lejos, y todavia el eco de las campanas, de las músicas y de las aclamaciones decia adios á los jóvenes viajeros.

V.

Trasladada á la corte de Viena, la princesa Carlota fué uno de sus principales ornatos, pero solo por breve tiempo, pues en Setiembre pasó con el archiduque á Milan, haciendo el 16 su entrada solemne, y algun tiempo despues partió con él para Sicilia, el Mediodía de España, las Islas Canarias y Madera; allí fijó su residencia durante el invierno, mientras el archiduque hizo un viaje á América y visitó el Brasil.

De regreso de América, no emprendió el archiduque otro viaje mas grande: fué á Italia en donde su hermano le confió el gobierno del reino Lombardo Véneto, y la princesa le acompañó allí, dedicándose á organizar socorros para los ancianos y desvalidos y á fomentar la creacion de escuelas; fué un ángel de caridad y de consuelo, y á ella se debió más que á nadie, que las inundaciones del Pó ocurridas durante los dos años del gobierno del archiduque, hubieran sido menos desastrosas, pues las grandes pérdidas que acarrearón, las remedió con grandes donativos colectados espresamente por ella y en que empleó cantidades considerables de su caudal; personalmente recorrió con el archiduque los lugares barridos por las aguas, y consoló á sus afligidos habitantes, dando á los unos el valor de sus cosechas arrasadas, á los otros lo necesario para reponer sus cabañas destruidas, y á todos, vestidos y alimentos, con aquellas palabras de consuelo que ignora la filantropía y solo sabe la caridad y que enjagan las lágrimas centuplicando la dádiva. Con esto y con las mejoras materiales que hizo el archiduque, se captaron de tal modo los jóvenes consortes, la simpatía y el amor de los italianos, que al dejar el archiduque el gobierno, á los dos años, retirándose á Miramar con la princesa, fueron llorados por todos como si perdieran en ellos á sus padres.

VI.

En Miramar, apartados del tumulto de la corte y de los cuidados del gobierno, el archiduque y la princesa vivieron mas para sí.

Miramar es un vasto y lindo palacio edificado desde sus cimientos por el archiduque en un cabo ó lengua de tierra que se arroja hácia el mar; tiene, pues, un carácter y aspecto únicos, puntos de vista deliciosos, y se conoce lo que puede una voluntad firme y enérgica cuando se ven aquellas rocas adonde se hace llegar escasamente y con grandes gastos el agua potable, trocadas en risueños jardines, verdes y floridos parques, caprichosas enramadas, calles de árboles y enredaderas, bellos estanques, etc.; y como todo esto se halla formado sobre la montaña, presenta un golpe de vista mágico, ya se contemple desde la cima, ya se mire desde el pié de la eminencia ó desde el mar. No lejos del castillo y frente del jardín, hay una preciosísima habitacion que los archiduques llamaban su casa de campo y que está dividida en dos departamentos para los consortes. Estos sitios deliciosos están abiertos para el público que los recorre en numerosos grupos, constituyendo el mas bello paseo de la ciudad de Trieste.

Esta descripción hecha por un mexicano que visitó Miramar el 5 de Octubre de 1863, da idea de lo delicioso de aquel retiro en que pasaron dias plácidos los jóvenes consortes; Maximiliano escribió dos tomos de poesías; sus *Viajes al Brasil, Aforismos, objetos de Marina, La Marina de Austria*; otros *bosques de viaje* que comprenden la Italia, la Sicilia, Lisboa y Madera, la España, Albania y Argelia; arregló su Museo, rico y curiosísimo, formado de objetos preciosos que él mismo recogió en sus viajes, y en que al decir de los inteligentes es admirable la coleccion zoológica. La princesa por su parte escribió también sus *Impresiones de Viaje*, menos estensas que las del archiduque, pero revestidas de cierta poesía y con estilo senc-

llo que hace recordar algunas páginas de Bernardino de Saint-Pierre; se ocupó en hacer pinturas de su mano para los aposentos del palacio que mas le agradaban, y bajo su direccion los jardines se convirtieron en cestos de flores las mas bellas y las mas raras. Aunque hubiese querido ejercitar su caridad, no podia: en torno de Miramar habian derramado el archiduque y ella, tal abundancia y bienestar, que todos eran felices: podian desde el terrado de su palacio tender la vista y recrearse en su obra, porque las barcas pescadoras que se desprendian de la playa, las chozas diseminadas á lo largo de ésta, los sembrados que se estendian mas allá de la peña en que se asienta el castillo, todo habia nacido á impulsos de su generosidad ó habia prosperado bajo su proteccion, y lo mismo el que manejaba el arado y el que azotaba las aguas con el remo, que las mujeres y niños que los esperaban al abrigo de aquellos techos, alzaban un concierto de alabanzas y bendiciones á los príncipes bienhechores á quienes debian su felicidad. Tal era la vida serena y apacible de los señores de Miramar. ¡Quién á la vista de tanta quietud y de ventura tan merecida, quién hubiera podido prever la tormenta deshecha que mas tarde tronaría sobre aquellas cabezas ceñidas con la cuádruple corona de la virtud, la juventud, la nobleza y la hermosura!

VII.*

Un dia, era en 1863, contaban los príncipes seis años de matrimonio sin descendencia, cuando el Destino llamó á las puertas del palacio de Miramar: les enseñó un trono allende el Océano y les ofreció sentarlos en él. "Sois hijos y nietos de reyes, les dijo; vástagos de Orleans y de Hapsburgo; os sentais en las gradas del trono imperial de Austria y del trono real de Bélgica; sabeis empuñar el cetro, pues que acabais de gobernar un reino (el Lombardo Véneto,) no ha de abrumaros el peso de una corona imperial ni su brillo ha de deslumbraros."

Los príncipes oyeron y callaron.

"Sereis los fundadores de una dinastía poderosa en el lugar mas bello y rico del mundo; á vuestra presencia huirá la discordia y llevareis con vosotros la paz; abrireis las puertas de aquel Eden á cuantos lleven á él su trabajo para hacerlo fértil y productivo; dareis vida á un pueblo que lleva años de estar procurando su propia muerte; atajareis al águila del Norte-América que quiere refundir en la suya propia todas las nacionalidades americanas, y que de lograrlo, amenazaría á la misma Europa aliándose con el águila del Norte de Europa, que la estrecharía por el Oriente mientras aquella le impondria su ley en el Occidente."

Igual silencio.

"¿No mueve vuestro corazon la ancha perspectiva que se desarrolla á vuestra vista? Pensais tal vez que las fuerzas del hombre no alcanzan á abarcar tanto; pero no estareis solos. Una bandera que ha recorrido triunfante el mundo entero, se unirá á vuestra bandera, y los tesoros de Francia estarán á vuestro alcance mientras podeis desarrollar los elementos de riqueza de vuestro imperio."

* Este párrafo está tomado de un folleto italiano anónimo.

Siempre silencio.

“Aquel pueblo os desea.....”

¿Acaso me conoce? pensó el archiduque

“.... Os desea porque os he dado á conocer de él; os ama porque sabe que sois bueno, generoso y bizarro; os espera porque con vos está Europa, y la alianza entre ese pueblo y Europa es la única, dígame quien deba, que ha de librar á Europa y á ese pueblo de la codicia del cosaco y del anglosajon. Allí el imperio tradicional será valladar inaccesible para ellos, y entonces el destino manifesto será irse desprendiendo de una en una las estrellas que en su cuartel azul ostenta el pabellon del Capitolio.”

Imperio tradicional, ¿por qué se llama así, pensó el archiduque, cuando siempre fueron repúblicas las del Norte de América? y ¿cómo puede sostenerse un imperio sin dinastía? y ¿cómo puede crearse y sostenerse una dinastía si no tiene su fundador antecedentes históricos?

“Aquella tierra, dijo el Destino respondiendo á estos pensamientos, fué imperio por espacio de dos siglos y colonia por espacio de tres; cuando recobró vida propia, su Libertador repuso el imperio; despues cayó despedazada su corona, y aquel suelo se manchó con su sangre, ¡con la sangre de su redentor! desde entonces ha sido teatro de una guerra sangrienta, en que los luchadores fueron alternativamente vencedores y vencidos, convirtiéndose en el primer caso en dictadores absolutos y en el segundo en agitadores incansables hasta vencer otra vez. No han tenido tiempo ni voluntad para gobernarse, porque energía y tiempo lo gastaron todo en atacarse y defenderse sin tregua. Toda forma de gobierno es allí nueva, pues aunque todas se conocen de nombre, ninguna, excepto la dictadura, se ha practicado; y siendo nueva toda forma, debe serlo tambien la dinastía para presentarse limpia de la sangre de las contiendas civiles, cosa imposible para los que han vivido en medio de ellas.”

Poner un freno á los dos colosos, Rusia y los Estados- Unidos; salvar las nacionalidades y los intereses amenazados por ellos; librar á un pueblo de la absorcion y llevarle la paz; sellar una alianza firme con Europa; fundar una dinastía poderosa, ¡alcanza la virtud humana á desviar los ojos de una perspectiva tan grandiosa? Napoleon fué el representante del destino, y de su boca salieron todas estas promesas: él, por escrito primero, y despues de palabra, dijo al archiduque todo lo trascrito aquí y le dió cuantas seguridades quiso.

—¿Me asegurais que me llaman? preguntaba el archiduque.

—Oídlo vos mismo, respondia Napoleon;—y oyó en efecto á los enviados mexicanos que le comunicaron la acta de eleccion y el llamamiento que se le hacia.

—¿Me asegurais que Francia será aliada fiel?

—¡Jamás Francia faltó á la palabra empeñada ni al honor comprometido!

—¿En cambio de esta alianza no exigirá compensaciones injustas y onerosas?

—Francia se contenta con la gloria de llevar á cabo una grande obra y solo exige gratitud.

—¿Ninguna segunda mira envuelve esta empresa, y se limita á disminuir el poderío de los Estados- Unidos en interes de América y de Europa?

—Es la única mira atajar á los Estados- Unidos y despues á Rusia.

—¿No se derramará mas sangre?

—La cuestion militar está concluida.

“Estas afirmaciones terminantes (dice el folleto de donde se ha extractado el anterior pasaje) constan en los discursos de los ministros Billault y Rouher y en las proclamas del mariscal Forey; sin embargo, el archiduque y la princesa exigieron que la voluntad del pueblo de México constara de un modo mas solemne y mas directo que el voto de una asamblea, y exigieron tambien que de una manera no menos solemne se consignaran en un tratado las obligaciones recíprocas contraídas por México y Francia. Todo se hizo así: vinieron las actas de las poblaciones, se firmó en Miramar el tratado, y cuando los príncipes salieron de Miramar llevaban la conviccion de que en su nueva patria habia cesado el estruendo de las armas.”

VIII.

Decididos los archiduques á venir á México, hicieron en Febrero y Marzo de 1864, viajes á Bruselas, Paris, Londres y Viena, para despedirse de sus familias, y hacer los arreglos que su nueva situacion requeria.

El archiduque llegó á Viena el 12 de Febrero y el 22 se reunió con la archiduquesa en Bruselas; de ahí salieron juntos para Paris, adonde llegaron el 5 de Marzo; fueron grandemente obsequiados por Napoleon y Eugenia; visitaron los monumentos públicos, con particularidad el Museo del Louvre; asistieron á los teatros y en honor de ellos se dieron en las Tullerías tres *soirées*, á las que fueron invitados los mexicanos.

El 12 salieron de Paris para Londres, adonde llegaron el 13: visitaron en Windsor á Victoria y á los demas miembros de la familia real con quienes la archiduquesa tiene parentesco: la reina María Amalia, viuda de Luis Felipe y abuela materna de Carlota, fué tambien visitada por los archiduques. Cumplidos estos deberes, volvieron á Bruselas el 15, se despidieron del rey Leopoldo padre de la princesa y de sus hermanos y pasaron á Viena en donde estaba reunida la familia imperial; allí el archiduque se desprendió de todos sus derechos de agnado para consagrarse enteramente á su nueva patria, y el juéves santo regresó á Miramar.

El 8 de Marzo fueron á Miramar Francisco José y los cuatro archiduques sus hermanos con sus ministros y tres cancilleres: se firmó el pacto de familia y la despedida fué tierna. Cuando decian adios á Maximiliano, su madre la archiduquesa Sofia y sus hermanos, no pensaban que aquel era un adios eterno.

El 10 de Abril ondoó el pabellon de México en el palacio de Miramar, saludado con salvas de los buques; era la señal de la aceptacion solemne de la corona de México, celebrada el mismo dia con un *Te-Deum* y un banquete que presidió la princesa.

El dia 12 se despidieron de los archiduques las diputaciones de Istria, Dalmacia, Venecia y Milan.